

LOS PEONES MÁS FUERTES

“No debemos sujetar nuestra nave con una sola ancla ni nuestra vida con una sola esperanza.”

Epiceto

Ya eres toda una mujer, Belinda. Acabas de cumplir dieciocho años y estás preciosa. Vienes a verme todas las tardes, cuando sales del instituto, y me cuentas todas tus cosas mientras merendamos. Quiero escribirte una carta, para que la tengas y la leas siempre que te sientas sola. Estas líneas son un modo de estar unida a ti, una manera de hacerte saber que la abuela Vilma no te abandonará nunca.

Antes de nada quiero que sepas que no voy de mártir, no soy un ser especial, y ya he aprendido que el lirismo de saldo no borra las cicatrices ni te hace más joven. Tengo ya ochenta años, y esta mañana un médico de barba blanca me ha anunciado, con la serenidad que da la costumbre, que mi hígado está mal, pero también me ha anunciado que espera que con el nuevo tratamiento mejore.

Es cierto que el tiempo es tan solo el transcurso de una vida baleada por los años que cumplimos, pero no quiero pensar que el reloj juega conmigo a la ruleta rusa y que en cualquier momento puede soltar la bala. No quiero que me venza la desesperanza, vieja bestia del sufrimiento, ni quiero empezar a vivir en los oscuros suburbios de mí misma.

Debo confesarte que muchas veces me he sentido como una muñeca rota que ya nadie quiere. Mis hijos vienen a visitarme a la residencia algunos domingos y el día de

Navidad. Me hablan con desgana, y tras media hora se marchan. Me dan un beso frío y me miran como se mira a un perro abandonado, caminan hacia la puerta apresurando el paso, como si estuvieran huyendo de un lazareto. Han sido muchas las veces que he quebrado mi sollozo en el muro compacto de la almohada pensando que nadie es capaz de compartir conmigo la miseria y el desorden. Han sido muchas las veces en que ha llegado la noche llena de ladridos negros, habitándome de sueños deshilachados en los que camino siempre en círculo, cubriendo el suelo con los mismos pasos. Muchas veces he pensado en ese Dios que me han vendido desde niña, el que lo ha hecho todo, el que está en todas partes, el que es todo amor. Le he reclamado mi pasaje a la felicidad o a la resignación al menos. Pero han pasado las horas sin que ese Dios Omnipotente sea capaz de salvarme. Entonces siento en los ojos el peso del cansancio, el cansancio de existir, la mentira en que todo se ha convertido para mí en ese segundo que eterniza y tritura. La luz está hecha de cebolla, y no es capaz de ordenar el material de mi escombrera. En ese momento sería capaz de escribirle una balada a los buitres que se pasean por mi cabeza picando la carnaza de mis pensamientos.

Desde que tú comenzaste a venir cada tarde, me siento mucho mejor, me siento útil. Como te pasa a ti, Belinda, desde que era muy joven quise ir en contra de lo reglamentado, fui reacia a las instrucciones y a las normas, resistente a seguir el camino que me conduciría a un palacio de hadas con plancha, hornilla y delantales.

Tú me has dicho muchas veces que no quieres pasar la vida en orden alfabético, ni convertirte en uno de esos seres abnegados y cotidianos que se conforman con llegar puntuales a la parada del metro. Aborreces la mediocridad que predicán los demagogos, y esa gran nada que nos venden por televisión. Eres una muchacha resuelta e inteligente, con planes de futuro que no tienen por qué acabar en boda. Dices que soy yo la única que te comprendo. Yo era igual que tú. Cuando tenía tu edad me sentí invadida por una terrible sensación de soledad como si fuera un alma que habitara en el mundo pero sin contacto con él: una sombra sin sustancia ni realidad. Cada día vivía escenas repetidas donde aparecían las mismas gentes diciendo las mismas cosas, cada día se repetía el tedio y la rutina como el haz y el envés de una misma hoja.

Entré a formar parte del Club de los Depositarios, integrado por un grupo de jóvenes que estábamos cansados de tanto yugo y tanta impudicia. Por supuesto era un

club clandestino que operaba al margen de la dictadura. Todos los Depositarios sabíamos lo que ahora pregona la Universidad de Berkeley: que los ricos son más insolentes que los pobres, pero lo sabíamos porque lo habíamos experimentado por nosotros mismos. Creíamos que mucha gente, que poseía ingentes fortunas, las había conseguido a través de la inmoralidad, y por la práctica de conductas que eran consecuencias de un comportamiento reprobable.

La codicia es más fogosa que la conciencia, y sin duda más rentable. Se trata tan solo de cambiar conciencia por conveniencia, comprobar que se sale impune para caer de nuevo en la tentación.

Cuando entré en el club de los Depositarios tuve un fuerte sentimiento, auténtico y puro de estar por fin dándole un sentido a mi existencia. El mundo se me antojaba una gran sala fascinante y extraña que había que redecorar con cuadros, música y versos.

Me mudé a un apartamento en el que la luz de las bombillas parecía lija amarilla, Leopoldo “el poeta” y Helena, la violinista, vivían conmigo. En la primera página del diario que inauguraba mi nueva vida escribí con esmerada caligrafía: *“Renuncio a la ironía que muerde la soledad del mundo, renuncio al olvido, renuncio al adiós. Pero no puedo renunciar a los bosques de cenizas que me queman los pies, no quiero renunciar a los pájaros mojados que habitan en el corazón de los niños tristes...”* Recuerdo que cuando le leí estas palabras a Leopoldo, dio un sorbo al whisky y aplaudiéndome me dijo: “Eso que has escrito es genial, más vale ser un Sócrates descontento que un puerco satisfecho.”

Por eso entiendo tus inquietudes, Belinda, por eso aplaudo que quieras poner tu grano de arena para cambiar las pocilgas por sitios decentes. Temes formar parte de un mundo miope que se entrega sin reservas a una felicidad breve y lacónica que dura lo que dura un cigarrillo en la boca.

Yo me sentía como tú, no quería mantener aquel silencio absurdo y absoluto sobre la vida de miseria e ignorancia impuesta que había en España. Los Depositarios, aún a riesgo de nuestras propias vidas, nos encargábamos de distribuir panfletos por toda la ciudad, y de hacer llegar a mucha gente todos los libros prohibidos por el

Régimen. Colgábamos por toda la capital los cuadros donde pintábamos camelias nacidas sobre el pelo de una muchacha muerta, niños famélicos que miraban su propio llanto, hombres duplicados en su agonía, bombas estallando entre las manos de un viejo.

Algunos de nuestros compañeros fueron detenidos y pasaron más de diez años en prisión, pero nunca nos delataron. Aún guardo en mi memoria el primer poema que escribí y recité en el club : *“He muerto ya muchas veces y no le temo/ Un día decidí no participar en ese extraño teatro/ levantado sobre el mundo./ Otros como yo tiraron por los desagües la retórica barata,/ se inyectaron una vacuna contra la demagogia inútil,/ empezaron a contar el tiempo más despacio,/borraron de su lenguaje palabras/ para desarmar ese nuevo idioma/ que todo lo cuenta a golpe de yugo y heridas.*

Aún puedo oír el violín de Helena sonando al fondo de mis palabras, como si el arcano del mundo se estuviera descifrando en aquella música.

Aquellos años, Belinda, los recuerdo como los más felices de mi vida porque estaba lejos de moverme con los gestos adocenados y mecánicos que se les imprime a las marionetas de salón. Había dejado de representar una función, me había quitado todas las máscaras para esforzarme en ser yo misma, igual que habían hecho todos mis compañeros.

Aunque el club de los Depositarios desapareció cuando fuimos más viejos, estoy segura de que ninguno de sus miembros ha olvidado cuanto hicimos allí. Tú, Belinda, te mueves por el mismo espíritu que a tus años me moví yo, y si bien ahora las circunstancias son otras, siguen siendo los mismos la decadencia, la hipocresía y el hambre.

Tú me has enseñado otra vez que la que hay en el fondo del espejo no es una imagen borrosa de mí misma, me has recordado que no estoy sola en la sala del mundo descalza y sin silla, esperando a que el coche fúnebre aparque en la puerta de la casa para llevarse mi cadáver. Las dos juntas hemos aprendido a desechar del corazón todos los grises y todas las pesadillas que nos impiden ser.

Cuando yo no esté, Belinda, rescata esta carta del olvido, trata a la soledad como una osamenta de cartón que la lluvia deshace; grita a la noche que las estrellas son

PREMIO TOMÁS BELZUNEQUI 2012
PRIMER PREMIO MODALIDAD ABIERTA
JOSEFINA SOLANO MALDONADO

comestibles, y que vas a devorar unas cuantas; haz migajas la tristeza y dáselas a los patos del estanque; machaca la angustia con la punta de tus tacones. Piensa en mí, piensa en todos los que no se conforman con la vaciedad, piensa que aún queda una palabra definitiva que puede cambiar el mundo. No aceptes que el fracaso sea una mano que no se coge cuando otra se tiende. No permitas que un día se agote sin haber arriesgado un tanto en este juego que es la vida y del que tú debes ser, como yo lo estoy siendo en este instante, uno de los peones más fuertes.

Te quiero, Belinda.

VILMA (Seudónimo)